

“Que sean uno, como nosotros somos uno.” (Juan 17,20-26)

La Palabra nos presenta un precioso diálogo de Jesús con el Padre. En él manifiesta su compromiso por quienes habían hecho la opción de seguirle y por quienes, en el devenir de la historia, y por mediación de la palabra, creerían en él. Jesús recuerda ante el Padre a todos sus seguidores: los de la primera y los de la última hora, entre los que estamos nosotros.

Para todos pide la unidad como prueba irrefutable de que su persona y su mensaje provienen del Padre: *“que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado”*.

Estamos ante un texto que resulta central para comprender el sentido de la comunidad en la vivencia de la fe. El Dios de los evangelios, revelado en Jesús de Nazaret, no es un Dios al servicio de las necesidades espirituales individuales. Es un Dios que en su esencia se define en el amor y por tanto es un Dios comunidad que genera comunidad y se revela en la comunidad. La comunidad, que se construye en torno al Amor de Dios, es epifanía imprescindible del Dios de los evangelios.

El discipulado, por tanto, no se construye desde el aislamiento o desde una pretendida fe “personal”. La comunidad no es un soporte deseable, como las muletas para el tullido, sino que se constituye en el epicentro desde el cual se hace posible todo el dinamismo de la fe.

Somos conscientes que esta visión dista bastante de la praxis espiritual y religiosa en la que quizá muchos hemos sido formados y a la que la cultura actual, marcada por el individualismo, nos invita. La fe cristiana se vive y se construye en comunidad o no es fe cristiana. Será una espiritualidad más o menos valiosa y hasta positiva de cara a dar respuesta a nuestras necesidades espirituales, pero no será la fe que nos propuso Jesús de Nazaret.

En coherencia con esta visión debemos entender el carisma de la Hospitalidad. No se trata que personas, de manera aislada, se sientan identificadas con el carisma fundacional y hasta lo vivan con notable fidelidad. Eso es muy bueno, claro está, pero insuficiente. De lo que se trata es de construir una comunidad desde la vivencia del carisma. Una comunidad pautada por la pluralidad de procesos personales, pero capaz de generar una mística que cohesiona las mentes, los corazones y las manos.

Solamente desde la conformación de comunidades Hospitalarias haremos posible la revitalización del carisma. Ya podemos contar con preclaras personalidades expertas en el carisma o maravillosos documentos que señalan las nuevas utopías... Nada puede sustituir el lento y comprometido proceso ser COMUNIDAD: meta y lugar de toda evangelización.

